

NUESTRA CASA ES UNA CABINA TELEFÓNICA

Lucía Lijtmaer

(I) el portal

Conocíamos el lugar porque alguien nos había pasado el dato, así que intentamos llegar hasta él sin parecer distintas, caminando un poco envaradamente y sin mirar hacia los lados, como decía mamá, si quieres pasar desapercibida no te hagas notar, y eso hicimos, pimpampimpam, caminar y caminar, rambla abajo hasta llegar a un portal, eso éramos nosotras vistas desde afuera, apretando un papel en busca de información, apenas unas currantas, muchas demasiado pequeñas pero ya arrugadas, como unas pasitas que van y vienen sin que las veas, desgastadas por el trabajo, por el ir y venir, por toda esa mierda.

Íbamos como las desgraciadas que decían que éramos, apretando el papel con el puño, apenas una información escrita sobre pasta de árbol, tinta sobre árbol y ahora era nuestro bien máspreciado, ese dato que voló desde la voz del Saltamontes, un señor poco amable que según una de nosotras tenía antenas que le salían de las orejas y por eso le llamaban el Saltamontes, aunque yo nunca le vi, porque yo siempre llego tarde, voy rezagada, por lo mío. La información era escueta, había sido susurrada y escrita deprisa y corriendo en un papel, eso era todo lo que teníamos y funcionábamos como un enjambre que se protegía, todas juntas, morochitas y pequeñas, un enjambre en forma de flecha, rambla abajo intentando no cruzarnos con nadie que pensara que fuéramos extrañas e intentando no sudar, porque si sudábamos el papel se podía deshacer y entonces todo se iba al carajo, sí, al carajo.

De esas cosas nos preocupábamos pimpampimpam por la rambla, apretaditas como las ovejas en lo alto de las cumbres, con miedo a tropezar y caer colina abajo, en nuestro caso intentando no tocar a nadie, y en nuestras cabezas solo asomaba esa idea del dato que teníamos, un dato como un clavo ardiendo, un dato que podía ser cierto o no, porque no sabíamos si lo que nos llegaba venía de buena fuente, al fin y al cabo el Saltamontes era parte interesada, quizás se llevaba una mordida, quizás no era fiable, ya sabemos por experiencia que la información en este sitio se distribuye irregularmente como las gotas de lluvia y sal, en esta ciudad que es como una sauna. Nadie dijo cuando llegamos que esto iba a ser una sauna salada, y ahí andamos siempre todas, secándonos el sudor mientras corremos de un sitio a otro, sal sobre la piel, sal húmeda, tan distinta el agua del marrón del barro de nuestro río. Nadie nos dijo que todo era tan distinto, esa información no te la dan por papel, nos la transmitimos nosotras de una a otra juntando manos y susurrando al oído mientras trabajamos; el clima es otro y los animales muy distintos, qué quieres decir otros, sí, no hay surubís, no hay patís, no hay sábalos. No lo entiendo. Te juro. ¿Y cuando te duele la panza? Nadie te tira el cuerito. ¿Pero tienen edificios altos como en nuestra ciudad? Sí, pero no tan altos, los nuestros son mejores, dice alguna con extraño orgullo, como si los edificios fueran suyos, la muy estúpida. Y con esa información extraña avanzábamos rambla abajo, rambla salada, nosotras que nunca habíamos visto el mar, solo el río marrón y largo, bajo, sin olas pero con corriente, que te arrastra hasta que estás cerca de los yuyos y los camalotes. Dicen las familias que si no eres buena y no te cuidas de los hombres puedes acabar muerta entre los camalotes, pero esa es otra historia.

(II) el placer

Por eso nuestra casa es una cabina telefónica. Porque la Negra Roja nos avisó y esta vez sí la información era buena, de que al final de todo de la ciudad, justo donde el edificio de las aduanas, hay una cabina donde puedes llamar a casa sin pagar porque se quedó atrancada una moneda hace años, y el teléfono te sale gratis y nadie te molesta. Podemos llamar todas a casa y eso hacemos, todas nos hemos enterado a través de la Negra Roja, esa mujer enorme que se esconde en la trastienda del colmado dónde vamos a veces cuando queremos alguna pastilla que calme el dolor, o una que aumente el placer. La Negra Roja siempre nos vende y cuando nos ve débil a alguna nos fía. La llaman la Negra Roja porque lleva kimono y tiene los ojos achinados y siempre rojitos como cucarachas que salen de las alcantarillas. Gracias a ella nos plantamos todos los domingos por la mañana que libramos en el edificio de las aduanas y llevamos sangüchitos y nos sentamos a esperar a que todas hablemos con quien queramos.

Muchas empezamos anhelando esa llamada los domingos, es normal, al principio lo único que quieres es un sangüche de fiambre en domingo y hablar con tu casa, y toda tu casa es eso, esa cabina telefónica, y no esta ciudad que a veces dicen que está viva y a veces inerte, aunque para nosotras siempre empieza a estar viva en domingo, cuando no tenemos que trabajar tanto y se nos planchan las arrugas de la cara por las ganas de volver a ser, y después de las llamadas ya nos emborrachamos en la plaza con lo que traiga cada una, lo que sea, y se nos calienta la cabeza y la risa sale floja y cada una cuenta sus historias hasta que estallamos de risa todas, la boca se nos vuelve apenas una burbuja, una pompa de jabón del color del arcoíris y nos entran las ganas de bailar, y el día se vuelve tarde demasiado temprano, y llega muy deprisa la hora azul, que es la hora en la que todo se enfría un poco más, y hace falta más vino, más polvo blanco, más de lo que haya.

Entonces es cuando la ciudad se vuelve viva para nosotras, los domingos por la madrugada, y avanzamos ya no como abejas sino como peces hermosos llenos de crestas de colores, eso somos, peces exóticos que no existen, flores raras, caballitos de mar, y alguien decide que vamos a bailar a dentro de los túneles del metro, y eso hacemos, tratrairá, bailamos todas juntas, movemos el culo, agitamos el pelo que nos llega a la cadera, el pelo fragante que huele a limoncillo, porque de pequeñas nos decían las familias que hay que frotarse el pelo con limoncillo para que no engrase y nosotras éramos buenas y eso hacíamos, siempre, siempre.

Y mientras bailamos olvidamos que la ciudad está inerte los lunes por la mañana, olvidamos el trabajo y las arrugas, y es por eso que necesitamos llegar a ese lugar que nos dijo el Saltamontes, porque habíamos oído hablar de él, como de la cabina telefónica, alguien nos había dicho que tras el portal gris se llegaba a un patio lleno de agua que parecía de espejo y ahí se podía descansar, y nosotras necesitábamos descansar después de tanto baile, después de tanta sal, después de tanto goce. Necesitábamos descanso antes del lunes por la mañana, y no teníamos para alquilar una habitación de hotel, ni siquiera un rellano dónde acomodarnos a dormir unas horas entre las piedras oscuras y llenas de humedad como habíamos hecho otras veces.

Nos gustaban mucho los rellanos porque ahí nos acurrucamos después de la fiesta, cuando todo empieza a bajar y se te afloja la piel, y si tienes un poco de suerte y eliges bien, hay cuerpos cercanos en los que dejarse mecer, ellos te protegen del exterior y la piedra no está tan dura y podemos dejar que se junte el olor a limoncillo con el olor a sudor de nuestras bocas y nuestras lenguas y nuestros sexos, no hay nada como frotarse dentro de un rellano y dejar que todo crezca y se hinche, porque mientras besamos y follamos no existe el mundo exterior, mientras besamos y follamos no existe el lunes por la mañana.

(III) el descanso

Nos habían dicho que detrás del portal había un verdadero lugar de descanso dónde alguien te curaba los pies y te daba comida caliente, ese era el lugar que anhelábamos, decían que era mejor que el musgo sobre la piedra, mejor que el asfalto, y que ahí podíamos tumbarnos sobre algo mullido, bajar las persianas y olvidarnos del sol que a veces se filtra cuando menos lo esperas.

Nos habían contado que una vez encuentras la dirección, no te piden nada, apenas tener la suficiente fuerza para abrir la pesada puerta marrón, no sabemos por qué aquí las hacen tan gruesas, alguien dice que es para que en otro tiempo pasaran los carruajes con caballos, esta ciudad se enorgullece de esas cosas, aquí había casas donde podía entrar una cochera entera, y las casas se cubrían de hiedra y madreselva para camuflar el olor a caca de caballo, sí, a mí también me da risa, lo peor de todo es que ahora todas esas casas son habitaciones blancas, todas iguales, con compartimentos con contraseñas para dejar las maletas y las ocupan rubios que entran y salen cada tres días, todos huelen igual, a la mezcla de perfume de aeropuerto y alcohol sin digerir, a algunas les gustan, a mí no.

Dicen que tras el portal hay incluso mesas donde te dan de comer cosas ricas y calientes, cosas que saben a ajonjolí, y a camote, y a especias que te manchan los labios y te los dejan rojos y naranjas durante días. Y que después te puedes tumbar a hacer lo que tú quieras, pasar la resaca, charlar con las demás, dormir, levantarte, escuchar música flojita, como el sonido de la cascada de espejos, como la fuente que aparece en los sueños, dónde están todas las hadas que habitan la ciudad. ¿Las conoces? Déjame que te cuente de las hadas.

(IV) las hadas en la plaza

Algunas de nosotras somos hadas, eso me explicó la Negra Roja un día, ella siempre dispuesta a ayudar, a explicar lo inexplicable. No te dejes engañar por cómo te vean de afuera, desde afuera no nos ven, por eso a muchos les importa tanto el adentro y el afuera, para diferenciarse de nosotras. Por eso algunas de nosotras somos hadas, flores exóticas distintas que guardan un secreto, y somos deseables y odiables a la vez porque no nacimos como las demás, somos distintas pero iguales, como gotas de agua de distintas fuentes. Nadie lo cuenta, guardamos un secreto.

Por eso de niñas aprendemos rápidamente sobre lo público y lo privado: “algo es público cuando...” “¿cuándo algo es público, mamá?” y te contestan, algo es privado cuando es solo tuyo, cuando no lo sabe nadie, solo tú, y lo guardas adentro como guardabas la angustia cuando llegaste y no conocías a nadie, antes de ser ejército, antes de ser pasitas de uva, antes de ser rebaño. Pero lo de lo privado que te cuentan de niña no es cierto, en realidad, esa es la explicación más fácil, porque los demás

tienen muchas cosas y nosotras qué tenemos, me pregunto, qué tenemos. Cuando estamos en la plaza estamos juntas y no estamos solas, verdad, dice la Negra Roja, y yo asiento, sí, sí, es verdad, y ella responde: eso no es privado, por ejemplo. Pero no es exactamente público, le contesto yo, porque a los demás no nos gusta vernos ahí, juntas y disfrutando. ¿A quiénes?, dice ella. A los de afuera, claro, le contesto yo. No les gusta pero es nuestro espacio y es público, y cuando estamos en la plaza todas juntas, cantando y bailando, nadie se atreve a barrer debajo de nuestros pies, aun así les da bronca que ocupemos ese espacio, supongo.

Y la Negra Roja me dice, es peor, lo que les molesta es que disfrutemos, les molesta vernos bailar, gozar, reír. Y la Negra Roja dice eso y yo pienso en cuando alguien me besa y yo lo recuerdo y sube desde el centro de mi ombligo ese calambre hasta el esternón, ¿eso es privado?, pienso pero no le digo a la Negra Roja, eso es mío y solo mío, pero quiero compartirlo y quiero hacerlo público, ese sentimiento que crece y se hace grande entre el ombligo y el esternón quiero gritarlo, pero no es privado, es íntimo. Eso es lo que aprendo con el tiempo, ese sentimiento es mi casa, ese sentimiento es mi hogar. Por eso quizás tengamos que gritar que somos flores exóticas, que somos hadas, que somos caballitos de mar, y no guardarlo para que lo descubran los hombres que nos llevan a donde están los camalotes y se asustan al descubrir nuestro secreto, tenemos que contarlo, para que no sea privado nunca más. Ahora que llegamos a la casa del portal, donde está la fuente de espejos, ese lugar de descanso, esperamos que se parezca un poco a la plaza que nos hace felices, para que sea siempre domingo, para que podamos gritar y bailar. Ahora que llegamos, justo ahora, rozando los cipreses llega un frío que hierve la sangre, tengo ganas de llamar a casa y hablar con las mías, ¿tú crees que allá dónde vamos hay cabina telefónica? Me vinieron ganas de hablar con las mías, de hablar con mi mamá, de comerme un sangüchito.



bit.ly/SM-LuciaLijtmaer

Lucía Lijtmaer (2022). *Nuestra casa es una cabina telefónica* [Text i àudio].
Col-laboració: Desirée Rubio de Marzo (veu), Manu Tomillo (assessoria de so)
Producció: Goodit
Agraïments: Desirée Rubio de Marzo
Centre d'arts Santa Mònica
Dorm en l'accident que provoca (15.09.22 - 08.01.23)

DORM EN L'ACCIDENT QUE PROVOCA
santa mònica